

el antiguo palacio de los Reyes para recibir á los Cónsules. La traslación verificóse con toda solemnidad. Los otros dos Cónsules tenían derecho á habitar con su colega en la residencia real, y Lebrun, en efecto, se fué á vivir á ella, ocupando el pabellón de Flora; pero Cambaceres, más cauto, dijo á su compañero: «Cometeríamos una falta yendo á habitar en las Tullerías; eso no nos conviene á nosotros; por lo que á mi toca, no iré. Bonaparte querrá muy pronto quedarse solo y tendríamos que salir de allí: más vale no entrar». Consecuente con este modo de expresarse, Cambaceres no fué á las Tullerías, haciendo que le diesen un buen alojamiento en la plaza del Carrousel. Por su parte, el primer Cónsul, al pisar el regio palacio, dijo á su secretario: «Bourrienne, henos ya en las Tullerías: ahora es menester no salir de aquí». Empero, pocos días antes, con su habilidad acostumbrada, había ordenado que se tributaran grandes honores oficiales, como homenaje de admiración y respeto, á la memoria del glorioso fundador de la República norte-americana, el insigne Wáshington, que acababa de morir.

Ya hemos visto las precauciones adoptadas por Bonaparte para librarse de la molesta censura de la prensa; mas si los periódicos independientes eran objeto de tan severas medidas, se halagaba, en cambio, á los escritores versátiles, prontos á quemar el incienso de la lisonja en las aras del poder triunfante, y Laharpe, ya arrepentido de su antiguo radicalismo, el abate Siccard, Michaud, Suard, Pievée y otros, que estaban en el destierro desde el diez y ocho de Fructidor, fueron llamados á París y recibieron del gobierno ostensibles pruebas de favor.

Ansiaba Bonaparte dedicarse de lleno á preparar la guerra contra los enemigos exteriores, y para estar más libre, se apresuró á cerrar las sesiones del Cuerpo legislativo, cuya duración no debía exceder de cuatro meses. Las del Tribunado no tenían señalado su término por la Constitución, y alguien propuso que continuaran durante el interregno parlamentario; desechóse empero esta idea, y únicamente se resolvió que dicha Cámara se reuniese cada quince días para oír la relación de las peticiones que se presentaran, la cual quedaría sobre la mesa.

Las cartas del primer Cónsul á los Monarcas de Inglaterra y Alemania se interpretaron en el extranjero como síntomas de debilidad. En Londres se esperaba que Malta, estrechamente bloqueada, se rindiera en breve y que el ejército expedicionario de Egipto sería destruido por las numerosas fuerzas que acaudillaba el gran visir turco. Pitt, aunque menos intransigente que dos años antes, no creyó deber comprometerse en ninguna clase de tratos con Bonaparte. El ministro inglés se exageraba el agotamiento militar y la inestabilidad de las instituciones políticas de Francia, suponiendo que el nuevo poder caminaría á su ocaso más rápidamente que el del Directorio, y que en seguida iba á presentarse la ocasión de restaurar la monarquía Borbónica. En su vista, lord Grenville dirigió á Talleyrand, por vía de contestación á Bonaparte, una carta concebida en términos enfá-

ticos é imprudentes, en la que, afirmando la constante disposición de Inglaterra á favor de la paz, se agregaba que no dependía de ella su restablecimiento mientras subsistiesen las causas de la guerra, que no eran otras sino el sistema de invasión y de propaganda que había llevado á los ejércitos franceses á Italia, á Suiza, á Egipto, sin provocación ninguna por parte de estos pueblos. En tanto no se renunciase á ese sistema de expoliación y de conquista, no había paz posible, y para probar que se abandonaba, hacía falta algo más que vanas protestas, como las prodigadas con tanta frecuencia por el Directorio; se necesitaban prendas formales, basadas en los hechos, siendo sin duda la que más confianza podía inspirar la restauración de la antigua dinastía, aunque estuviese lejos del ánimo de su Majestad el prescribir á los franceses la forma de gobierno por que habían de regirse, pero sí quería que su situación interior le ofreciese seguridad bastante para tratar. Algunos de los cargos contenidos en la nota de lord Grenville tenían innegable fundamento; mas otros pecaban de injustos é impolíticos, y las simpatías demostradas á los Borbones habían de herir el sentimiento nacional. Advirtió al momento Bonaparte la torpeza de Pitt, y como no era hombre capaz de dejar baldía ninguna ocasión que favoreciese sus intentos, insistió en sus proposiciones, á fin de que resaltase más su pretendida buena fe al lado de la manifiesta hostilidad del gobierno británico. En su consecuencia, en un segundo Manifiesto, firmado esta vez por Talleyrand, refutó una tras otra las alegaciones de la nota inglesa. Aachacó atrevidamente á la política de Pitt no sólo la responsabilidad del comienzo de las hostilidades, sino el desenvolvimiento ulterior de la guerra, y respecto á la insinuación relativa al restablecimiento de la monarquía borbónica, la rechazó en términos categóricos, invocando los propios orígenes de la dinastía de Hannover; recordó al gabinete inglés que antes había negociado con los gobiernos salidos de la Revolución, esforzándose en patentizar que no existía ningún motivo atendible para que se rechazasen de plano tentativas inspiradas en el deseo de poner término á la guerra. Esta nota, encaminada más bien á influir en la opinión pública que á convencer á la Gran Bretaña, no obtuvo de parte de esta última sino una nueva declaración confirmatoria de sus anteriores objeciones, cerrándose así con ventaja del primer Cónsul un debate diplomático, al que de propósito se dió extraordinaria publicidad y que, de haberlo conducido más hábilmente los ministros ingleses, pudo ocasionar un desengaño á su iniciador. Por lo demás, el gobierno británico tomó su desquite en la discusión que él mismo provocó en el Parlamento para decidir acerca de la conveniencia de la paz ó de la guerra. La oposición, dirigida, en la Cámara de los lores, por el duque de Bedford y lord Grey, y en la de los Comunes, por Fox, Erskine, Tierney y Witbread, combatió rudamente la política guerrera de Pitt, sacando partido de la falta cometida por el gobierno al erigirse en defensor de los intereses de los Borbones; sin embargo, sus esfuerzos se estrellaron ante la decisión del gobierno, que obtuvo señaladísimo triunfo en las votaciones recaídas en una

y otra Cámara. Ni se modificó la actitud de Inglaterra con las noticias llegadas de Oriente, donde los acontecimientos habían tomado pronto un giro inesperado. Kleber, á quien, como sabemos, había confiado Bonaparte el mando del ejército de Egipto, conceptuando imposible la conservación de este país, se puso al habla, á la aproximación de los turcos, con el gran visir y el comodoro sir Sedney, y este último ávido de laureles diplomáticos, firmó con él el veinte de Enero un tratado, en cuya virtud los franceses debían evacuar el territorio egipcio y ser conducidos libremente á Tolón en navíos ingleses. Por desgracia, el comodoro recibió casi inmediatamente de Londres por conducto de lord Keith, la orden de no aceptar sino la rendición sin condiciones, y tuvo que comunicar con verdadero sentimiento al general francés la nulidad del pacto convenido. Entonces Kleber, en un rasgo de sublime heroísmo, reunió todas sus fuerzas, dispersó cerca de Heliópolis á las bandas del gran visir, que eran cuatro veces superiores en número, y las arrojó de Egipto, que reconquistó de golpe.

Tampoco en Viena se prestó fé á las demostraciones pacíficas de Bonaparte, á quien Thugut respondió por una nota ministerial, y no por carta autógrafa del Emperador. La nota austriaca, más cortés en la forma, no difería en su fondo de la inglesa. El primer Cónsul, que veía avanzar las cosas por el camino que deseaba, siguió, sin embargo, disimulando, y propuso, por medio de Talleyrand, el trato de Campo Formio como base de la nueva paz. Thugut replicó que era inútil hablar de un tratado violado tantas veces, y entonces Bonaparte, cada día más deseoso, al parecer de evitar la guerra, convino en que, después de las ventajas conseguidas en la última campaña, Austria tenía derecho á mejorar en su provecho las estipulaciones de Campo Formio. La moderación del primer Cónsul engañó á casi todos, siendo opinión general que, no obstante el talento del conquistador de Egipto, no era posible que Francia tomase la ofensiva, debiendo á lo más esperarse que se defendiera obstinadamente dentro de sus fronteras. Sólo Thugut, juzgando atinadamente del carácter del nuevo dueño de Francia, temía siempre un ataque repentino. No estaba equivocado. Mientras arrojaba puñados de polvo á los ojos de su adversario con sus mentidas protestas de amor á la paz, Bonaparte afilaba la espada con que iba á descargarle sus certeros golpes.



CAPÍTULO SEGUNDO

Marengo. Luneville. El Concordato. Paz general.



RESUELTO Bonaparte á proseguir la guerra desde que empuñó con mano firme las riendas del poder, fijó su atención en la conveniencia de ganarse aliados entre los Estados neutrales, proponiéndose al mismo tiempo apartar de la coalición á aquellos otros que parecían vacilar, ya por descontento, ya por cansancio. Hubo un instante en que se prometió conseguir ambas cosas por medio de Prusia. De las tres grandes potencias del Continente, ésta era la única con quien Francia vivía en verdadera paz, y su neutralidad le había sido sumamente útil en una época en que Europa entera estaba armada contra ella. Por esta razón, Bonaparte, en los primeros días del consulado provisional, había mandado á Berlin á su ayudante de campo y amigo, Duroc, con el encargo de manifestar á Federico Guillermo sus vivos deseos de estrechar con él los lazos de la más firme amistad, y simultáneamente, Mr. Otto, embajador francés en Berlin, recibía la orden de declarar al conde de Haugwitz que había pasado la oportunidad de amenazar á Francia, la cual se hallaba decidida á no desprenderse de los ducados de Claves y de Gueldre, debiendo, por tanto, Prusia retirar las topas que había reunido en la vecindad de dichas provincias é internarlas á mayor distancia del Rhin. Estas dos misiones tuvieron distinto éxito. En lo concerniente á las provincias de Claves y Gueldre, Prusia dió completa satisfacción á Francia: las fuerzas acumuladas en la orilla del Rhin retrocedieron al interior, y el departamento del Böer, amenazado pocas semanas antes de una triple invasión, quedó libre